

## “No sé de poesía, pero enternezco”

### Érase una vez un poeta

SANTIAGO RODAS

Atarraya, Medellín, 2022, 80 pp.

DE ENTRADA, los versos del poeta venezolano Ígor Barreto marcan la pauta del libro. Este epígrafe no es simple añadidura, algo nos dice del escritor Santiago Rodas (Medellín, 1990) y de su apuesta estética. En los versos de Ígor el diablo está en una gallera, mezclado entre los hombres, como un parroquiano más, apostándole a un gallo y cubriendo sus espuelas con puntas de Carey, no sin antes dejar constancia de que aquella manera de causarse heridas y un tormento profundo ha sido un juego ideado por los hombres y no por él. Luego, al leer los versos de Rodas, entendemos el juego y nos volvemos a topar más de una vez con la figura del diablo entre los hombres, como un parroquiano más. En el primer poema, por ejemplo, el diablo se acuesta en el césped a contemplar, al lado del poeta, el movimiento de las nubes; luego se aburre o recuerda algo pendiente y se marcha, “dejando tras de sí / un tufo de cuero de vaca mal curtido” (p. 7).

Este libro, publicado en 2022 por la editorial independiente Atarraya, incluye 48 poemas que empiezan con el mismo verso, un leitmotiv: “Érase una vez un poeta”. Y este comienzo clásico opera como un conjuro para hacer aparecer al poeta. Aquí empezamos a medir el talante del autor, y este, a su vez, mide el del lector: qué tan dispuesto está a dejarse llevar por este recurso, que es un juego, y como todo juego ha sido tomado en serio y llevado al extremo. Tal decisión estética también nos indica el registro de los poemas: fabulescos, irónicos, humorísticos. Por lo general, Rodas hace convivir dos registros contrapuestos, por ejemplo, frases solemnes y frases ramplonas, y en aquel contraste encontramos la ironía:

Érase una vez un poeta  
probando suerte en las calles  
de Segovia, Antioquia.  
Silbaba una melodía  
de Tego Calderón llamada *Loíza*  
entre las montañas de innumerables  
verdes  
hasta que lo abordaron

dos gentiles hombrecitos  
que le dijeron: *estas no son tierras  
para silbar música de negros.*  
Y le indicaron: *perdete de acá,  
pirobo,*  
*ojalá te volvamos a ver la jeta.*  
Y se tocaron las pretinas  
de sus pantalones. (p. 9)

Si nos detenemos ahora en la materialidad del libro, en los poemas hay intercaladas algunas reproducciones de Gráficas Molinari. Estas láminas fueron conocidas a lo largo y ancho del país, gracias a su distribución masiva y de bajo costo, entre las décadas de los cincuenta y ochenta. Se caracterizan por la inclusión de elementos populares, católicos y mitológicos que llegaron a consolidarse en la memoria colectiva de los colombianos de clase media y baja. Estas imágenes complementan muy bien los poemas, pues apuntan a un universo parecido al de los versos: santos curanderos, canastas de cerveza, espíritus, hombres enfierrados, motocicletas, tiendas de ropa, ventas de calzados al por mayor y puentes famosos por ser desbarrancaderos de suicidas. Cada poema, al igual que las láminas religiosas de la Virgen, puede leerse como la aparición mística y vulgar del poeta en un rincón del país.

En el poema octavo, el poeta está a punto de arrojarse del viaducto de Pereira cuando, de repente, se le aparece la Virgen María. Y aquí la Virgen, aunque sabía en sus palabras, no habla en una lengua solemne ni mucho menos sacra; de hecho, lo alienta a tirarse sin pensarlo tanto:

[...] llegó la mismísima Virgen  
María  
y le dijo: *si se va a botar, hágale de  
una, espíchese*  
*porque si no después se achicopala.*  
A la vez le ofreció un Pielroja sin  
filtro  
y agregó:  
*de todos modos, esté donde esté,  
le va tocar aguantarse a su merced.*  
(p. 16)

En el segundo poema, el poeta merodea las calles de Medellín y se encuentra con el espíritu de otro poeta, el antioqueño Helí Ramírez (1948-2019). Lo ve entre un grupo de compadres “tomando Pilsen a racimados” (p. 8). Esta aparición ha de ser muy significativa

en el universo poético de Rodas. Helí quedó en la memoria colectiva de Medellín como el poeta que narró sus calles invisibles y periféricas, les dio un lugar a las comunas en su arte. Asimismo, el personaje del poeta que aparece una y otra vez en el libro de Rodas recorre a pulso las calles del país, algunos barrios y veredas, la selva, la finca, la montaña. Es un poeta don nadie, proletario, mañoso, pobre, todero. Y aquí calan profundo los versos de Helí en “Uno es algo” (*Cuatro poemas*, Tragaluz, 2012):

Y no me diga que uno es nada en la vida. ¿Somos nada? Somos.

Yo soy.

Es imposible no ser algo. Uno es algo.

¿Que uno es nada si no se tiene un peso en el bolsillo  
ni tarjeta en un cajero? [...]

El poeta no deja de ser, a pesar de no tener nada, ni dónde caerse muerto. En el libro de Rodas, la figura del poeta anda siempre al aire libre, por no decir en la miseria, y muchas veces el escenario es la selva, el campo, donde no se necesita llave alguna para entrar, pero sí el permiso de los espíritus resguardados en una roca o en la montaña. El autor se sirve de la ironía y el humor para mostrar la miseria del poeta o, más bien, la precariedad, porque, aunque pobre, no todo lo que le pasa son penas. En su precariedad también hay ternura, experiencias místicas, encuentros paranormales, abundancia de la palabra buena y malhablada; hay color, hay furia y mucho tiempo, a pesar de todo, para cantarle a la realidad un poema. Parte del juego de *Érase una vez un poeta* es valerse del mismo tono fabulesco para retratar sus andanzas cotidianas, para hablar de él con minucia, tanto del parnaso de artistas que pueblan la mente del personaje y lo inspiran—Ígor Barreto, Helí Ramírez, Jaime Jaramillo Escobar, Miguel von Dangel, María Mercedes Carranza—, como también de sus tenis Vans rotos que lo han acompañado durante años. El poeta, todo el tiempo, se cruza con seres, y de aquellos encuentros extrae una lección, se enternece, le brota la rabia en sus manos, o se queda tan solo con un manto de duda cubriéndole la cabeza.

El quinto poema funciona como una parábola con un giro de tuerca muy interesante: en las selvas del Caquetá, dos hombres con escopetas terciadas

RESEÑAS		POESÍA
<p>advierten al poeta sobre un tigre; más adelante, el poeta se cruza con el tigre y le advierte de dos hombres peligrosos que van enferrados. Aquí, desde luego, el giro de tuerca nos revela que el peligro más real en este país es encontrarse en medio del monte con un hombre armado, no con el tigre.</p> <p>Cuando hablo de ternura, me refiero al lugar que ocupa aquel afecto entrañable en su poesía, sobre todo cuando se les da valor a cosas que por lo general han perdido toda importancia. En el sexto poema, el poeta se resguarda de la lluvia bajo una palma, al lado del río Tutunendo. Muy pronto se le acerca un niño y ofrece venderle un secreto. Pero el poeta no tiene ni un peso con qué pagarlo y, a cambio, le ofrece un poema. El niño acepta el trato. Allí, en ese trueque de la palabra dicha y no dicha hay lugar para la ternura: del niño que vende secretos y acepta poemas como pago de su verdad, y del poeta que le compone unos versos, recibe el secreto y lo mantiene oculto, incluso al lector:</p> <p>[...] A lo que el poeta respondió con voz melodiosa:  <i>las oropéndolas duermen en su nido una lágrima del árbol.</i>  Y el niño se acercó al oído del poeta y le cantó el secreto que tenía.  (p.13)</p> <p>La parábola del niño y el poeta dialoga con otra obra colombiana contemporánea: <i>Sueños de raspachín</i> (Salvaje, 2019), del escritor bogotano Matías Godoy. En este conjunto de fábulas árabes narradas en clave colombiana, es decir, adaptadas al contexto social y político de Colombia, hay una titulada “El niño y la caleta”. Tal historia evoca la misma ternura del poema de Rodas; en medio de la compleja y conflictiva naturaleza del país hay, sin embargo, un momento de sosiego: un narco ve a un niño agujereando la tierra y, movido digamos por la curiosidad, se le acerca:</p> <p>Y tú por qué estás cavando huecos, niño, preguntó el narco. Es que yo había enterrado una caleta con dólares aquí en el potrero, respondió el niño, ¡pero ya no la encuentro!</p> <p>Bueno, le explicó el narco, es que uno siempre debe marcar el lugar donde entierra las caletas.  ¡Yo lo marqué!, respondió el niño</p>	<p>decepcionado. Caía justo en el centro de la sombra de una nube, ¡pero la nube se fue! (p. 22)</p> <p>La inocencia del niño que valora su secreto y el poema de oropéndolas se equipara a la del niño que entierra la caleta guiándose por el movimiento efímero del cielo. Aquí como allá, el secreto y las coordenadas de la caleta quedan ocultos por siempre.</p> <p>Para un mejor panorama de la apuesta estética de Rodas, retomemos, pues, algunos de los rasgos mencionados: está, por un lado, el humor, encarnado en la ironía, en el absurdo de las apariciones místicas –que, vistas desde el imaginario popular católico y campesino, son lo más normal del mundo– y en las formas como lo divino se expresa en un lenguaje mundano; por otro lado, aquellos contrastes entre lo sacro y lo profano conviviendo en un mismo nicho urbano, selvático o rural impregnan los poemas de una estética kitsch despreocupada por la mixtura contradictoria de sus elementos –como la Virgen que fuma Pielroja–. Aquí el mundo es un vórtice variopinto que representa una realidad, acaso la más auténtica, y no por ello menos violenta, del país. Esta misma estética, llamémosla por segunda vez kitsch, no solo está compuesta de personajes que pueblan el paisaje colombiano, sino también de formas que ayudan a transmitir el desplazamiento errabundo del poeta. La poesía, entonces, dialoga con varios géneros: la fábula, la parábola, los cuentos de hadas, y gracias a esta suerte de “remix” narrativo en la poesía, esta obra queda dotada de una riqueza literaria jocosa, irreverente, disruptiva.</p> <p>Por último, en este libro, la figura del poeta también está revestida de un poder, el poder del cambiapielos: el poeta aparece ensombreado, como adolescente sobre ruedas, campesino, tertulio de fantasmas, proletario, fronterizo, migrante ilegal, enfermo y lleno de verrugas, ocioso, comerciante, punkero, metalero enamorado, ladrón, grafitero, músico, rapero y obrero. Todo se vale porque si el poeta no es nadie, entonces puede ser todo o al menos intentarlo. El poeta le ha vendido su alma al diablo y esa es su paga, cambiar</p>	<p>de piel, meterse entre el cuero de la gente y sudar su mala paga.</p> <p><b>Yessica Chiquillo Vilardi</b></p>